

Aquella mañana de septiembre me levanté temprano, convencido de que la escucharía de nuevo. Llevaba casi un mes en aquella habitación de hospital, y debido al dichoso accidente, todavía estaría postrado en esa cama durante, mínimo, dos meses más. Ya habían venido a tomarme medidas para elaborar aquello que los médicos llamaban “corsé”, y que, se suponía, me permitiría al menos tener un poco de autonomía, por lo menos, a la hora de ir al baño, pero con la situación que seguíamos viviendo en los hospitales, los tiempos eran más largos de lo esperado.

Mi rutina mañanera no había sufrido muchos cambios desde mi ingreso, pero desde hacía poco más de una semana, su risa estridente sonaba divertida sobre las 8.40. No sabría decir a quién pertenecían esas carcajadas y esa alegría que rebosaba de buena mañana, pues desde la altura (o más bien “bajura”) de mi habitación, solo apreciaba zapatos: de todos los tipos, de todos los modelos... pero siempre zapatos.

Los primeros días lo llevaba fatal. No entendía, ni me parecía justo, que a una persona postrada en una cama, con tan sólo 28 años vividos, no le pusieran, al menos, cerca de una ventana. No pedía mucho, al menos, poder ver si hacía sol o estaba nublado. No me importaba la altura, pero al menos ver, algo, más allá de pies, calcetines y zapatos.

Pero con el paso de los días, me di cuenta, de que en realidad, no estaba tan mal. No solo me acostumbré con facilidad, sino que además, llegué a agradecer la ubicación de mi “hogar temporal”. Desde ahí abajo, se me permitía soñar, sin ser juzgado (no compartía habitación con nadie porque no cabían dos camas en mi pequeño “zulito”), y encima, con los ojos abiertos y el corazón despierto. Llegó a convertirse en mi espacio de paz, me encontraba cómodo en mi nuevo ambiente.

Cada mañana escuchaba esas risas, despertaba con su sonido, siempre marcando los pasos de aquellos pequeños zapatitos rojos. Junto a ellos, unos mocasines, marrones, grises, azules... el color variaba según el día, pero la actitud siempre era alegre, coordinada y agitada por esas risotadas infantiles.

No mucho más tarde, pasaban ligeras unas deportivas fluorescentes, con prisa pero sin pausa, que solían avanzar rápido hasta unos metros más adelante, donde suponía, debía haber un semáforo. Algunas mañanas, aunque llegaban, esos pasos se apreciaban más cansados, pesaban... Reflejo de una noche cansada, o tal vez, de una salida previa a un día difícil de gestionar.

En otro momento del día, no sabría decir exactamente qué hora sería, pero afirmarí que después de comer, solía ver unos zapatos lustrosos, brillantes; unos zapatos nuevos, de piel tratada... El típico zapato que asociaría a alguien adinerado, con un buen poder adquisitivo.... Sino fuera porque siempre iban acomodados sobre la barra de una silla de ruedas, lo que me hizo comprender, que su brillo se debía a la falta de uso... a la falta de sensaciones físicas; tal vez, a una vejez temprana, forzada... a unos movimientos robados demasiado pronto.

Me encantaba imaginarme sus caras, sus vidas, sus conversaciones. Me gustaba pensar a dónde se dirigían, con sus prisas, o sus pasos calmados. Podía intuir sus emociones. Cuando venían deprisa, de pasos veloces, los suponía felices, con prisa por llegar a su destino; aunque también distinguía los pasos con prisa por preocupación, por necesidad de llegar. Los pasos lentos, mostraban tristeza, pausa. Necesidad, quizá de estar solo; o reflejo de no tener con quien compartirlos. Habían pasos saltarines, casi siempre infantiles, pero muchas veces enamorados. Pasos que se detenían a observar, seguro, la cara de su primer amor, o tal vez a besar sus labios. Aprendí de los pasos tranquilos, pausados, apreciaban el camino, aprendían a disfrutarlo.

Y así pasaba las mañanas, y las tardes... y muchas veces, a medida que avanzaban los días y los dolores se reducían, también las noches, ya sin sedación. Podía apreciar todo tipo de zapatos: zapatos de invierno, de entretiempo... Zapatos de colores, divertidos; zapatos serios, elegantes... Pero también, zapatos felices, acompañados; zapatos enamorados y nerviosos. Reconocía los zapatos cansados, agobiados... Los zapatos perdidos, desorientados...

Pero siempre esperaba con emoción, aquellos zapatos que nunca fallaban... Eran esos esos pequeños zapatitos rojos que sonaban estruendosamente a carcajadas felices cada mañana.

Cuando recibí el alta médica, exactamente 9 semanas después, ya con abrigo y botines, y con aquel "aparatejo" que limitaba mis movimientos, me mostré agradecido. Escribí una carta a los supervisores del hospital, mostrando mi gratitud por aquella dichosa elección de habitación. Y sí, escribí también al próximo "inquilino" de mi "zulito", deseándole una pronta recuperación, y explicándole qué y cómo debía observar desde aquel subsuelo.

Durante mis primeras salidas al exterior, limitado por la poca soltura que tenía al andar, me limité a paseos cortos, sin llegar siquiera, a dar una vuelta completa a la manzana. Pero en cuanto gané confianza y capacidad, me desplazaba todos los días, en diferentes momentos del día, a aquella ventanita, imposible casi de apreciar desde el exterior, pero capaz de contar tantas historias al que las observaba desde el interior del "hogar".

Llegué a coincidir, una mañana, con aquella pequeña niñita, de uniforme rojo y camisa blanca, con sus zapatitos rojos, saltarines y felices, que me habían acompañado durante esos meses de reposo total. Y me di cuenta, de que nada habría sido lo mismo sin esa fuerza y esa vitalidad que me habían inspirado, a madrugar incluso. En otra situación, estoy seguro, las mañanas se me habrían hecho monótonas; las nubes, me habrían parecido todas iguales; oír a los demás felices, andando, incluso dando saltos, me habría

parecido injusto... pero esos zapatos felices, que aprendí a observar aquella mañana de septiembre, me hicieron verme capaz. Me hicieron pensar en lo que vendría, y para lo que tenía que estar. Y me empujaron a seguir, a sonreír por las mañanas, a ver la necesidad de los otros, los que andaban y corrían, pero a veces tristes o enfadados, cansados o molestos... pero seguían dando pasos firmes.

A día de hoy, 4 años después, recuperado del todo de aquel dichoso accidente, me acuerdo de todos aquellos que “conocí”. ¿Qué habrá sido de aquella pequeña? ¿Seguirá levantándose cada mañana con la misma energía y ganas de comerse el mundo? ¿De quién irá acompañada a su nueva escuela? ¿O tal vez acudirá a una de esas “modernas” que los recogen en autobús? ¿Qué será de aquellas zapatillas fluorescentes? Seguro que han sido sustituidas por unas más nuevas y ligeras... pero y sus pasos.. ¿seguirán siendo veloces? Me acuerdo mucho también de aquellos mocasines brillantes y lustrosos... Quiero pensar que siguen apoyados en aquella silla de ruedas...

Y así es la vida. El tiempo pasa, estés donde estés... pero las experiencias, los aprendizajes, se quedan con nosotros. Nos acompañan siempre, y condicionan nuestras emociones, nuestras reacciones... Incluso nuestros vínculos con los demás vienen determinados por cómo nos hacen sentir, por las sensaciones que generan en nuestro organismo: por la sensación de apego, de seguridad... o por el contrario, de distancia, de rechazo....

Permitámonos el capricho de sentir, de dejar aflorar nuestras emociones, y pensemos en los sentimientos de los demás. Pongámonos en su lugar, calmados sus zapatos y démonos cuenta de la dureza de sus pasos. No juguemos sin saber, acompañemos y valoremos la diversidad emocional. Porque si algo aprendí durante aquellos meses, fue que no es cara el reflejo de una emoción, son sus pasos, sus gestos... SUS ZAPATOS, los que marcan el compás en cada momento.